

ESTEBAN ECHEVERRIA

OBRAS ESCOGIDAS

Proibido Empréstimo por Determinação da Área de Espaço

Selección, prólogo, notas, cronología y bibliografía
BEATRIZ SARLO Y CARLOS ALTAMIRANO

TOMBO . : 94579



SBD-FFLCH-USP

BIBLIOTECA



AYACUCHO

1. Chozas y abrigos precarios que cobijaban a las poblaciones indias.
2. Chajá o yajá: se trata de un pájaro del que se dice que veía de noche, anunciando con su grito la proximidad de gente o animales.
3. Esterros o extensiones bajas e inundables, cubiertas por maleza.
4. Incurción de los indios en las poblaciones rurales criollas, en las que se obtenía animales, viveres y, eventualmente, armas.
5. Designación india de los blancos, criollos y cristianos.
6. Gualichu o Valichu: demonio o espíritu maligno, en lengua india.
7. El facururú es un pájaro cuyo grito se parece al llanto de un niño.

EL MATADERO (*)

De las Esquelas, B. Ayercho, Ceses, 1991

A PESAR de que la mía es historia, no la empezaré por el arca de Noé y la genealogía de sus ascendientes, como acostumbraban hacerlo los antiguos historiadores españoles de América, que deben ser nuestros prototipos. Tengo muchas razones para no seguir ese ejemplo, las que callo por no ser difuso. Diré solamente que los sucesos de mi narración, pasaban por los años de Cristo de 183...¹ Estábamos, a más, en cuarentena, época en que escasea la carne en Buenos Aires, porque la Iglesia, adoptando el precepto de Epitrecto, *sustine, abstine* (sufre, abstente), ordena vigilia y abstinencia a los estómagos de los fieles, a causa de que la carne es pecaminosa, y, como dice el proverbio, busca a la carne. Y como la Iglesia tiene *ab initio* y por delegación directa de Dios, el imperio inmaterial sobre las conciencias y estómagos, que en manera alguna pertenecen al individuo, nada más justo y racional que vede lo malo.

(*) El artista contribuye al estudio de la sociedad cuando estampa en el lienzo una escena característica, que transportándonos al lugar y a la época en que pasó, nos hace creer que asistimos a ella y que vivimos con la vida de sus actores. Esta clase de páginas son escasas, y las pocas que existen se conservan como joyas, no sólo para estudio del arte, sino también de los costumbres, cuyo verdadero conocimiento es el alma de la historia.

Nosotros, a medida que crecemos en edad como pueblo y adelantamos en cultura como sociedad, nos interesamos con mayor anhelo en conocer lo pasado y deseamos

Los abastecedores, por otra parte, buenos federales, y por lo mismo buenos católicos, sabiendo que el pueblo de Buenos Aires atesora una docilidad singular para someterse a toda especie de mandamientos, sólo traen en días cuaremales al maderero, los novillos necesarios para el sustento de los niños y de los enfermos dispensados de la abstinencia por la Bula y no con el ánimo de que se harten algunos herejes, que no faltan, dispuestos siempre a violar los mandamientos carnicíficos de la Iglesia, y a contaminar la sociedad con el mal ejemplo.

Sucedió, pues, en aquel tiempo, una lluvia muy copiosa. Los caminos se anegaron; los pantanos se pusieron a nado y las calles de entrada y salida a la ciudad rebosaban en acuoso barro. Una tremenda avenida se precipitó de repente por el Riachuelo de Barracas, y extendió majestu-

hallar testimonios a este respecto que guíen nuestro juicio. Pero este deseo no es fácil de satisfacer, tanto en la época antigua como en la reciente, porque no habiendo tenido arte ni literatura nacional, han desaparecido los tipos sociales tan fugazmente como huye el tiempo, sin que manos de observadores los hayan fijado ni con la escritura ni con los medios que proporcionan las bellas artes.

La rica imaginación de Walter Scott, habría sido impotente para interesar a sus contemporáneos con escenas de la pintoresca edad media, si escritas en las crónicas, si pintadas en los museos, si talladas en piedra, no hubiera hallado las costumbres anglosajonas que proporcionan asunto, movimiento y color a sus célebres novelas. Así como es imposible la restauración de un monumento destruido cuando sólo se conoce el lugar donde existía, es igualmente obra superior a la inteligencia humana, comprender los tiempos sin examinar sus vestigios. De manera que, cuando con relación a una época cualquiera de nuestra vida, tengamos la fortuna de encontrar un testigo, que vio o sintió por sí mismo, debemos apresurarnos a consignar el precioso testimonio que nos suministra para ilustrar con él las páginas hasta ahora pálidas de nuestra historia.

Estas páginas no fueron escritas para darse a la prensa tal cual salieron de la pluma que las trazó, como lo prueban la precipitación y el desnudo realismo con que están redactadas. Fueron trazadas con tal prisa que no debieron exigirse al autor más tiempo que el que emplea un taquígrafo para estampar la palabra que escucha; nos parece verle en una situación semejante a la del pintor que abre su álbum para consignar en él con rasgos rápidos y generales, las escenas que le presenta una calle pública, para componer más tarde un cuadro de costumbres en el reposo del taller.

Esos croquis, bosquejos, o como quiera llamárseles, tienen gran precio para los conocedores en las artes, por cuanto son como improvisaciones extemporáneas que permiten traslucir sin engaño la manera, el genio, y hasta el alma de quien los produjo. Por imperfectos que sean los lineamientos con que se revelan de este modo una personalidad o un ingenio, los estima en mucho el amigo de la originalidad y de lo verdadero y les prefiere a todo otro antecedente para fundar su juicio sobre las cualidades del artista.

Aparte, pues, del valor histórico que tiene el presente trabajo, como lo notaremos más adelante, la circunstancia que acabamos de recomendar, le da en nuestro concepto, un mérito especial, en cuanto nos proporcionaba una oportunidad nueva

samente sus turbias aguas hasta el pie de las barrancas del Alto². El Plata, creyendo embravecido, empujó esas aguas que venían buscando su cauce y las hizo correr hinchadas por sobre campos, terraplenes, arboledas, caseríos, y extenderse como un lago inmenso por todas las bajas tierras. La ciudad circunvalada del Norte al Este por una cincura de agua y barro, y al Sud por un pléjago blanquecino en cuya superficie flotaban a la ventura algunos barquichuelos y negreaban las chimeneas y las copas de los árboles, echaba desde sus torres y barrancas atónitas miradas al horizonte como implorando la misericordia del Altísimo. Parecía el amago de un nuevo diluvio. Los beatos y beatas gimoreaban haciendo novenarios y continuas plegarias. Los predicadores arrojaban el templo y hacían crujir el púlpito a puñetazos. Es el día del juicio, decían, el fin del mundo está por venir.

para comprender mejor al autor de *La cautiva* y de *El Ángel caído*, y para sorprenderle en los secretos de la manera de comprender o de "artizar", como él diría. Los iniciados en este secreto del poeta, que él mismo no hubiera acertado a comunicar si lo hubiera intentado de propósito, saben que sus obras son el resultado de serias reflexiones, de ensayos comenzados y abandonados, de experimentaciones sobre la sociedad, sobre el individuo, de exámenes prolijos de su propia conciencia, de indagaciones pacientes acerca de los hechos por él mismo no había presenciado. Cuando reposaba su paleta de colores apropiados a su idea y ésta se le presentaba clara y luminosa en su mente, entonces se entregaba a la labor con el ardimiento de un inspirado y en corto espacio de tiempo arrojaba de sí algunos de esos fragmentos que son partes aisladas de la vasta idea que había concebido su genio.

Como amigos del ilustre poeta y directores de la edición de sus *Obras completas*, hemos tenido ocasión de examinar los papeles y borradores que dejó en gran cantidad y en sumo desorden, y podemos justificar lo que decíamos un momento antes con documentos fehacientes. El tipo de don Juan fue varias veces modelado por su autor bajo diversos nombres, y la disposición definitiva del poema en donde hace papel principal este personaje, es resultado de muchos ensayos y pruebas que arrojaba al fondo de su carrera cuando no respondían al relieve y a la perfección que aspiraba dar a su obra.

Hemos encontrado una interesante serie de estudios en forma de correspondencia epistolar, sobre la naturaleza del terreno, el paisaje y los habitantes de nuestras llanuras, que vemos utilizados más tarde en el poema de "La cautiva", en el cual si el lector se siente impresionado por la solemne melancolía del conjunto, es a causa de la exquisita exactitud con que fueron observados los pormenores que sirven de fondo a los desventurados personajes de aquel drama del desierto.

Para fines que pueden comprender leyendo el poema "Avelandá", daguerrotipó su autor el cuadro que exponemos hoy al público. La casualidad y la desgracia pusieron ante los ojos de Echeverría aquel lugar *in genere* de nuestros suburbios donde se matan las reses para consumo del mercado, y a manera del anatómico que domina su sensibilidad delante del cadáver, se derivó a contemplar las escenas que allí se representaban, teniendo el coraje de consignarlas por escrito, para ofrecerlas alguna vez, con toda su fealdad, ante aquellos que están llamados a influir en la mejora de las costumbres. Conociendo de cerca los instintos y educación

La cólera divina rebosando se derrama en inundación ¡Ay de vosotros, pecadores! ¡Ay de vosotros, unitarios impíos! que os mováis de la Iglesia, de los santos, y no escucháis con veneración la palabra de los ungidos del Señor! ¡Ay de vosotros si no imploráis misericordia al pie de los altares! Llegará la hora tremenda del vano crujiir de dientes y de las frenéticas imprecaciones. Vuestra impiedad, vuestras herejías, vuestras blasfemias, vuestros crímenes horrendos, han traído sobre nuestra tierra las plagas del Señor. La justicia del Dios de la Federación os declarará malditos¹.

Las pobres mujeres salían sin aliento, anonadadas del templo, echando, como era natural, la culpa de aquella calamidad a los unitarios.

Continuaba, sin embargo, lloviendo a cántaros, y la inundación crecía acreditando el pronóstico de los predicadores. Las campanas comenzaron a tocar rogativas por orden del muy católico Restaurador², quien parece

de aquella clase especial de hombres, entre quienes fue a buscar el tirano los instrumentos de su sistema de gobierno, pudo pintar con mano maestra los siniestros caracteres que tejen la traición en que cae la noble víctima de su citado poema.

Aquella cuadrilla famosa que se llamó "la mazorca", es, hasta hoy mismo, un curioso estudio, y aún hay quien pregunta: ¿quiénes la compusieron? ¿De dónde salió armada del terror y la muerte? Después de la lectura del presente escrito quedarán absurdas estas dudas. El matadero fue el campo de ensayo, la cuna y la escuela de aquellos gendarmes de cuchillo que sembraban de miedo y de luto todos los lugares hasta donde llegaba la influencia del mandatarío irresponsable. El poeta no estaba sereno cuando realizaba la buena obra de escribir esta elocuente página del proceso contra la tiranía. Si esta página hubiese caído en manos de Rosas, su autor hubiera desaparecido instantáneamente. El conocía bien el riesgo que corría, pero el temblor de la mano que se advierte en la imperfección de la escritura, que casi no es legible en el manuscrito original, pudo ser más de ira que de miedo. Su indignación se manifiesta bajo la forma de la ironía. En una mirada rápida describe las afinidades que tienen entre sí todas las idolatrías y todos los fanatismos, y comienza por las escenas a que dan lugar los ritos cuaresmales, para descender por una pendiente natural que los mismos hechos establecen, hasta los asesinatos oficiales, que son la consecuencia del fanatismo político inoculado en conciencias superstitiosas.

Los colores de este cuadro son altos y rojizos; pero no exagerados, porque sólo ellos remedan con propiedad la sangre, la lucha con el toro bravo, la pendencia cuerpo a cuerpo y al arma blanca, las jaurías de perros hambrientos, las bandadas de aves carnívoras, los grupos gárrulos de negras andrajosas y el tumulto y la vocería de los carniceros insolentes. El tono subido de este cuadro ni siquiera se atenúa con la presencia del joven, que aparece en él como víctima de su dignidad personal y de su cultura; porque lejos de amedrentarse y palidecer delante de sus verdugos, despliega toda la energía, toda la entereza moral, todo el valor físico, que inspira en el hombre de corazón, el sentimiento de honor ofendido.

La escena del "salvaje unitario" en poder del "Juez del Matadero" y de sus satélites, no es una invención, sino una realidad que más de una vez se repitió en aquella época atárga; lo único que en este cuadro pudiera haber de la inventiva del autor,

no las tenía todas consigo. Los libertinos, los incrédulos, es decir, los unitarios, empezaron a amedrentarse al ver tanta cara compungida, oír tanta barahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la población descalza, y a cráneo descubierto, acompañando al Altísimo, llevado bajo palio por el Obispo, hasta la barranca de Balcarce⁶, donde millares de voces cojurando al demonio unitario de la inundación, debían implorar la misericordia divina.

Feliz, o mejor, desgraciadamente, pues la cosa habría sido de verse, no tuvo efecto de ceremonia, porque bajando el Plata, la inundación se fue poco a poco escurriendo en su inmenso lecho sin necesidad de conjuro ni plegarias.

Lo que hace principalmente a mi historia es, que por causa de la inundación estuvo quince días el matadero de la Convalecencia⁷ sin ver

sería la apreciación moral de la circunstancia, el lenguaje y la conducta de la víctima, la cual se produce y obra como lo habría hecho el noble poeta en situación análoga.

Este precioso boceto aparecería descolorido, si llevados de un respero exagerado por la delicadeza del lector, suprimiéramos frases y palabras verdaderamente soeces proferidas por los autores en esta tragedia. Estas expresiones no son de aquellas cuyo ejemplo pudiera renar a la imitación, por el contrario, hermanadas por el arte del autor, con el carácter de quienes las emplean, quedan más que nunca destruidas del comercio culto y honesto y anaematazadas para siempre.

No sabemos por qué ha habido cierta especie de repugnancia a confirmar de una manera permanente e histórica los rasgos populares de la dictadura. Hemos pasado por una verdadera época de terrorismo que infundió admiración y escándalo en América y Europa. Pero si se nos pidieran testimonios y justificativos escritos para dar autenticidad a los hechos que caracterizan aquella época, no podríamos presentarlos, ni siquiera narraciones metódicas y anecdóticas, a pesar de oírlos diariamente de boca de los testigos presentes. Cuando éstos dejen de existir, estamos expuestos a que se crea que no hemos sido víctimas de un bárbaro exquisitamente cruel, sino de una pesadilla durante el sopor de una siesta de verano.

Los pueblos que por cualquiera consideración se manifiestan indiferentes por su historia y dejan pasar los elementos de que ella se compone, como pasan las hojas de otoño, sin que mano alguna los recoja, están condenados a carecer de fisonomía propia y a presentarse ante el mundo insulsos y descoloridos. Y si este olvido del cumplimiento de una obligación es resultado intencional de un falso amor patrio que silencia los errores o los crímenes, entonces es más de deplorarse, porque semejante manera de servir a la honra del país, más que una virtud es un delito que se paga caro, porque inhabilita para el ejemplo y para la corrección.

Echeverría no pensaba así, y creía que si la mano de un hombre no puede eclipsar al sol sino para sí mismo, el silencio de los contemporáneos no puede hacer que enmudezca la historia, y ya que forzosamente ha de hablar, que diga la verdad. Su escrito, como va a verse, es una página histórica, un cuadro de costumbres y una protesta que nos honra.⁽⁵⁾

una sola cabeza vacuna, y que en uno o dos, todos los bueyes de quinteros y *aguateros* se consumieron en el abasto de la ciudad. Los pobres niños y enfermos se alimentaban con huevos y gallinas, y los gringos y herejotes bramaban por el *beefsteak* y el asado. La abstinencia de carne era general en el pueblo, que nunca se hizo más digno de la bendición de la Iglesia, y así fue que llovieron sobre él millones y millones de indulgencias plenas. Las gallinas se pusieron a \$ 6 y los huevos a 4 reales, y el pescado carísimo. No hubo en aquellos días cuatresmales promiscuaciones ni excesos de gula; pero en cambio, se fueron derecho al cielo innumerables ánimas y acontecieron cosas que parecen soñadas.

No quedó en el matadero ni un solo ratón vivo de muchos millares que allí tenían albergue. Todos murieron o de hambre o ahogados en sus cuevas por la incesante lluvia. Multitud de negras rebuscónas de *achuras*⁹, como los caranchos de presa, se desbandaron por la ciudad como otras tantas harpías prontas a devorar cuanto hallaran comible. Las gaviotas y los perros, inseparables rivales suyos en el matadero, emigraron en busca de alimento animal. Porción de viejos achacosos cayeron en consunción por falta de nutritivo caldo; pero lo más notable que sucedió fue, el fallecimiento casi repentino de unos cuantos gringos herejes que comieron el desacato de darse un harrazgo de chorizos de Extremadura, jamón y bacalao y se fueron al otro mundo a pagar el pecado cometido por tan abominable promiscuación.

Algunos médicos opinaron que si la carencia de carne continuaba, medio pueblo caería de síncope, por estar los estómagos acostumbrados a su corroborante jugo; y era de notar el contraste entre estos tristes pronósticos de la ciencia y los anatemas lanzados desde el púlpito por los reverendos padres contra toda clase de nutrición animal y de promiscuación en aquellos días destinados por la Iglesia al ayuno y la penitencia. Se originó de aquí una especie de guerra intestina entre los estómagos y las conciencias, atizada por el inexorable apetito y las no menos inexorables vociferaciones de los ministros de la Iglesia, quienes, como es su deber, no transigen con vicio alguno que tienda a relajar las costumbres católicas: a lo que se agregaba el estado de flautulencia intestinal de los habitantes, producido por el pescado y los porotos y otros alimentos algo indigestos.

Esta guerra se manifestaba por sollozos y gritos descompasados en la peroración de los sermones y por ruidos y estruendos subterráneos en las casas y calles de la ciudad o donde quiera concurrían gentes. Alarmóse un tanto el Gobierno, tan paternal como *previsor*, del Restaurador, creyendo aquellos tumultos de origen revolucionario y arribuyéndolos a los mismos salvajes unitarios, cuyas impiedades, según los predicadores federales, habían traído sobre el país la inundación de la cólera divina; tomó acrivias providencias, desparramó sus esbirros por la población, y por último, bien informado, promulgó un decreto tranquilizador de las conciencias y de los estómagos, encabezado por un considerando muy sabio y piadoso, para

que a todo trance y arremetiendo por agua y todo se trajese ganado a los corrales.

En efecto, el decimosexto día de la carestía, víspera del día de Dolores, entró a nado por el paso de Burgos al matadero del Alto, un tropa de cincuenta novillos gordos; cosa poca por cierto para una población acostumbrada a consumir diariamente de 250 a 300, y cuya tercera parte, al menos, gozaría del fuero eclesiástico de alimentarse con carne. ¡Cosa extraña que haya estómagos privilegiados y estómagos sujetos a leyes inviolables y que la Iglesia tenga la llave de los estómagos!

Pero no es extraño, supuesto que el diablo con la carne suele meterse en el cuerpo y que la Iglesia tiene el poder de conjurarlo; el caso es reducir al hombre a una máquina cuyo móvil principal no sea su voluntad sino la de la Iglesia y el Gobierno. Quizá llegue el día en que sea prohibido respirar aire libre, pasearse y hasta conversar con un amigo, sin permiso de autoridad competente. Así era, poco más o menos, en los felices tiempos de nuestros beatos abuelos, que por desgracia vino a turbar la Revolución de Mayo.¹⁰

Sea como fuera; a la noticia de la providencia gubernativa, los corrales del Alto se llenaron, a pesar del barro, de carniceros, achuradores¹¹ y curiosos, quienes recibieron con grandes vociferaciones y palmoteos los cincuenta novillos destinados al matadero.

—Chica, pero gorda, exclamaban. — ¡Viva la Federación! ¡Viva el Restaurador! Porque han de saber los lectores, que en aquel tiempo la Federación estaba en todas partes, hasta entre las inmundicias del matadero, y no había fiesta sin Restaurador como no hay sermón sin San Agustín. Cuentan que al oír tan desafortunados gritos, las últimas ratas que agonizaban de hambre en sus cuevas, se reanimaron y echaron a correr desalentadas, conociendo que volverían a aquellos lugares la acostumbrada alegría y algaraza precursora de abundancia.

El primer novillo que se mató fue todo entero de regalo al Restaurador, hombre muy amigo del asado. Una comisión de carniceros marchó a ofrecerle a nombre de los federales del matadero, manifestándole *in voce* su agradecimiento por la acertada providencia del Gobierno, su adhesión ilimitada al Restaurador y su odio entrañable a los salvajes unitarios, enemigos de Dios y de los hombres. El Restaurador contestó a la arenga, *reforzando* sobre el mismo tema y concluyó la ceremonia con los correspondientes vivas y vociferaciones de los espectadores y actores. Es de creer que el Restaurador tuviese permiso especial de su Ilustrísima para no abstenerse de carne, porque siendo tan buen observador de las leyes, tan buen católico y tan acérrimo protector de la religión, no hubiera dado mal ejemplo, aceptando semejante regalo en día santo.

Siguió la matanza y en un cuarto de hora cuarenta y nueve novillos se hallaban tendidos en la playa del matadero, desollados unos, los otros por desollar. El espectáculo que ofrecía entonces era animado y pintoresco, aunque reunía todo lo horriblemente feo, inmundado y deforme de una

pequeña clase proletaria peculiar del Río de la Plata. Pero para que el lector pueda percibirlo a un golpe de ojo, preciso es hacer un croquis de la localidad.

El matadero de la Convalencia o del Alto, sito en las quintas al Sud de la ciudad, es una gran playa en forma rectangular colocada al extremo de dos calles, una de las cuales allí se termina y la otra se prolonga hacia el Este. Esta playa con declive al Sud, está cortada por un zanjón labrado por la corriente de las aguas pluviales, en cuyos bordes laterales se muestran innumerables cuevas de ratones y cuyo cauce, recoge en tiempo de lluvia, toda la sangraza seca o reciente del matadero. En la junción del ángulo recto hacia el Oeste está lo que llaman casilla, edificio bajo, de tres piezas de media agua con corredor al frente que da a la calle y palenque para atar caballos, a cuya espada se notan varios corrales de palo a pique¹² de handubay y con sus fornidas puertas para encerrar el ganado.

Estos corrales son en tiempo de invierno un verdadero lodazal en el cual los animales apeñascados se hunden hasta el encuentro y quedan como pegados y casi sin movimiento. En la casilla se hace la recaudación del impuesto de corrales, se cobran las multas por violación de reglamentos y se sienta el Juez del matadero, personaje importante, caudillo de los carniceros y que ejerce la suma del poder en aquella pequeña república por delegación del Restaurador. Fácil es calcular qué clase de hombre se requiere para el desempeño de semejante cargo. La casilla, por otra parte, es un edificio tan ruin y pequeño, que nadie lo notaría en los corrales a no estar asociado su nombre al del terrible Juez y a no resaltar sobre su blanca cintura los siguientes letreros rojos: "Viva la Federación", "Viva el Restaurador y la heroína doña Encarnación Ezcurra". "Muertan los salvajes unitarios". Letreros muy significativos, símbolo de la fe política y religiosa de la gente del matadero. Pero algunos lectores no sabrán que la tal heroína es la difunta esposa del Restaurador, patrona muy querida de los carniceros, quienes, ya muerta, la veneraban como viva por sus virtudes cristianas y su federal heroísmo en la revolución contra Balcarce¹³. Es el caso que en un aniversario de aquella memorable hazaña de la mazorra, los carniceros festejaron con un espléndido banquete en la casilla a la heroína, banquetete a que concurrió con su hija y otras señoras federales, y que allí en presencia de un gran concurso ofreció a los señores carniceros, en un solemne brindis, su federal patrocinio, por cuyo motivo ellos la proclamaron entusiasmados patrona del matadero, estampando su nombre en las paredes de la casilla donde se estará hasta que lo borre la mano del tiempo.

La perspectiva del matadero a la distancia era grotesca. Llena de animación. Cuarenta y nueve reses estaban tendidas sobre sus cuerpitos y cerca de doscientas personas hollaban aquel suelo de lodo regado con la sangre de sus arterias. En torno de cada res resaltaba un grupo de figuras humanas de tez y raza distinta. La figura más prominente de cada grupo era el carnicero con el cuchillo en mano, brazo y pecho desnudos, cabello largo y revuelto, camisa y chiripá¹⁴ y rostro embadurnado de sangre.

A sus espaldas se rebullían caracoleando y siguiendo los movimientos, una comarca de muchachos, de negras y mulatas achuradoras, cuya fealdad trasuntaba las harpías de la fábula, y entremezclados con ellas algunos enormes mastines, olfateaban, gruñían o se daban de tarascos por la presa. Cuarenta y tantas carretas toldadas con negruzco y pelado cuero se escalonaban irregularmente a lo largo de la Playa y algunos jinetes con el poncho calado y el lazo prendido al vientro, cruzaban por entre ellas al tranco o reclinados sobre uno de aquellos animados grupos, al paso que más arriba, en el aire, un enjambre de gavioiras blanquiazules que habían vuelto de la emigración al olor de carne, revoloteaban cubriendo con su disonante graznido todos los ruidos y voces del matadero y proyectando una sombra clara sobre aquel campo de horrible carnicería. Esto se notaba al principio de la matanza.

Pero a medida que adelantaba, la perspectiva variaba; los grupos se deshacían, venían a formarse tomando diversas actitudes y se despartaban corriendo como si en el medio de ellos cayese alguna bala perdida o asomase la quijada de algún encolerizado mastín. Esto era, que ínterin el carnicero en un grupo descuartizaba a golpe de hacha, colgaba en otro los cuartos en los ganchos a su carreta, despellejaba en éste, sacaba el sebo en aquél, de entre la chusma que ojeaba y aguardaba la presa de achura, salía de cuando en cuando una mugrienta mano a dar un tarazón con el cuchillo al sebo o a los cuartos de la res, lo que originaba gritos y explosión de cólera del carnicero y el continuo hervidero de los grupos —dichos o gritería descompasada de los muchachos.

—Ahí se mete el sebo en las retas, la tía —gritaba uno.

—Aquél lo escondió en el alzapón —replicaba la negra.

—Che, negra bruja, salí de aquí antes que te pegue un tajo —exclamaba el carnicero.

—¿Qué le hago, ño Juan? ¡No sea malo! Yo no quiero sino la panza y las tripas.

—Son para esa bruja; a la m...

—¡A la bruja! ¡a la bruja! —repitieron los muchachos. —¡Se lleva la riñonada¹⁵ y el tongorí! Y cayeron sobre su cabeza sendos cuajos de sangre y tremendas pelotas de barro.

Hacia otra parte, entretanto, dos africanas llevaban arrastrando las entrañas de una animal; allá una mulata se alejaba con un ovillo de tripas y, resbalando de repente sobre un charco de sangre, caía a plomo, cubriendo con su cuerpo la codiciada presa. Acullá se veían acurrucadas en hilera 400 negras destrejeando sobre las faldas el ovillo y arrancando uno a uno los sebitos que el avaro cuchillo del carnicero había dejado en la tripa como rezagados; al paso que otras vaciaban panzas y vejigas y las herchían de aire de sus pulmones para depositar en ellas, luego de secas, la achura.

Varios muchachos gambeteando a pie y a caballo, se daban de vejigazos o se tiraban bolas de carne, despartarrando con ellos y su algarazara la nube de gavioiras que, columpiándose en el aire, celebraban chillando la

manzana. Oíanse a menudo, a pesar del vero del Restaurador y de la santidad del día, palabras inmundas y obscenas, vociferaciones preñadas de todo el cinismo bestial que caracteriza a la chusma de nuestros mataderos, con las cuales no quiero regalar a los lectores.

De repente caía un bote sangriento sobre la cabeza de alguno, que de allí pasaba a la de otro, hasta que algún déforme masín lo hacía buena presa, y una cuadrilla de otros, por si estrujo o no estrujo, armaba una tremenda de gruñidos y mordiscones. Alguna tía vieja salía furiosa en persecución de un muchacho que le había embadurnado el rostro con sangre, y acudiendo a sus gritos y puteadas los compañeros del rapaz, la rodeaban y azuzaban como los perros al toro y llovían sobre ella zoquetes de carne, bojas de estiercol, con groseras carcajadas y gritos frecuentes, hasta que el juez mandaba restablecer el orden y despejar el campo.

Por un lado, dos muchachos se adiestraban en el manejo del cuchillo tirándose horrendos tajos y reveses; por otro, cuatro, ya adolescentes, ventaban a cuchilladas el derecho a una tripa gorda y un mondongo que habían robado a un carnicero; y uno de ellos distante, porción de perros flacos ya de la forzosa abstinencia, empleaban el mismo medio para saber quién se llevaría un hígado envuelto en barro. Simulacro en pequeño era éste del modo bárbaro con que se ventaban en nuestro país las cuestiones y los derechos individuales y sociales. En fin, la escena que se representaba en el matadero era para vista, no para escrita.

Un animal había quedado en los corrales, de corta y ancha cerviz, de mirar fiero, sobre cuyos órganos genitales no estaban conformes los pareceres porque tenía apariencias de toro y de novillo. Llególe su hora. Dos enlazadores a caballo penetraron al corral, en cuyo contorno hervía la chusma a pie, a caballo y horquetaba sobre sus nudosos palos. Formaban en la puerta el más grotesco y sobresaliente grupo varios paladores,¹⁶ y enlazadores de a pie, con el brazo desnudo y armados del certero lazo, la cabeza cubierta con un pañuelo punzó y chaleco y chiripá colorado, teniendo a sus espaldas varios jinetes y espectadores de ojo escrutador y anhelante.

El animal, prendido ya al lazo por las astas, bramaba echando espuma furibundo, y no había demonio que lo hiciera salir del pegajoso barro donde estaba como clavado y era imposible pliarlo. Gritabanlo, lo azuzaban en vano con las mantas y pañuelos los muchachos prendidos sobre las horquetas del corral, y era de oír la disonante barahola de silbidos, palmadas y voces típias y roncadas que se desprendían de aquella singular orquesta.

Los diharachos, las exclamaciones chistosas y obscenas rodaban de boca en boca y cada cual hacía alarde espontáneamente de su ingenio y de su agudeza excitado por el espectáculo o picado por el aguijón de alguna lengua locuaz.

—Hi de p... en el toro.

—Al diablo los torunos!¹⁷ del Azul.

—Malhaya el tropero que nos da garo por liebre.

—Si es novillo.

—¿No está viendo que es toro viejo?

—Como toro le ha de quedar. Muéstreme los c..... si le parece; ¡c.....! O!

—Ahí los tiene entre las piernas. ¿No los ve, amigo, más grandes que la cabeza de su castaño? ¿O se ha quedado ciego en el camino?

—Su madre sería la ciega, pues que tal hijo ha parido. ¿No ve que todo ese bulto es barro?

—Es emperrado y arisco como un unitario. Y al oír esta mágica palabra todos a una voz exclamaron: ¡muevan los salvajes unitarios!

—Para el tuerto los h.....

—Sí, para el tuerto, que es hombre de c..... para pelear con los unitarios.

—El matambre!¹⁸ a Matasiete, degollador de unitarios. ¡Viva Matasiete!

—¡A Matasiete el matambre!

—Allá va —gritó una voz ronca interrumpiendo aquellos desahogos de la cobardía feróz. —¡Allá va el toro!

—¡Alerta! ¡Guarda los de la puerta! ¡Allá va furioso como un demonio!

Y en efecto, el animal, acosado por los gritos y sobre todo, por dos picanas agudas que le espoleaban la cola, sintiendo flojo el lazo, arremetió bufando a la puerta, lanzando a ambos lados una rojiza y fosfórica mirada. Dióle el tirón el enlazador sentando su caballo, desprendió el lazo del asta, crujió por el aire un áspero zumbido y al mismo tiempo se vio rodar desde lo alto de una horqueta del corral, como si un golpe de hacha la hubiese dividido a certén, una cabeza de niño cuyo tronco permaneció inmóvil sobre su caballo de palo, lanzando por cada arteria un largo chorro de sangre.

—Se corrió el lazo, gritaron unos; allá va el toro. Pero otros, deslumbrados y arónitos, guardaron silencio porque todo fue como un relámpago.

Desparramóse un tanto el grupo de la puerta. Una parte se agolpó sobre la cabeza y el cadáver palpitante del muchacho degollado por el lazo, manifestando horror en su arónito semblante, y la otra parte, compuesta de jinetes que no vieron la catástrofe, se escurrió en distintas direcciones en pos del toro, vociferando y gritando: ¡Allá va el toro! ¡Atajen! ¡Guarda! ¡Enlaza, Siere pelos! ¡Que te agarra, Botija! ¡Ya furioso; no se le pongan delante! ¡Ataja, ataja, morado! ¡Dele espuela al mancarón!¹⁹ ¡Ya se metió en la calle sola! ¡Que lo ataje el diablo!

El tropel y vocerío era infernal. Unas cuantas negras achuradoras, sentadas en hilera al borde del zanjón, oyendo el tumulto, se acogieron y agazaparon entre las panzas y tripas que desenredaban y devanaban con la paciencia de Penélope, lo que sin duda las salvó, porque el animal lanzó al mirarlas un bufido aterrador, dio un brinco sesgado y siguió adelante perseguido por los jinetes. Cuentan que una de ellas se fue de cámaras; otra rezó diez salves en dos minutos, y dos prometieron a San Benito no volver jamás a aquellos malditos corrales y abandonar el oficio de achuradoras. No se sabe si cumplieron la promesa.

El toro, entre tanto, tomó hacia la ciudad por una larga y angosta calle que parte de la punta más aguda del rectángulo anteriormente descrito, calle encerrada por una zanja y un cerco de tunas, que llaman *rola* por no tener más de dos casas laterales, y en cuyo aposado centro había un profundo pantano que tomaba de zanja a zanja. Ciento inglés, de vuelta de su saladero²⁰, vadeaba este pantano a la sazón, paso a paso, en un caballo algo arisco, y sin duda iba tan absorto en sus cálculos, que no oyó el tropel de jinetes ni la gritería sino cuando el toro arremetía al pantano. Azoróse de repente su caballo dando un brinco al sesgo y echó a correr, dejando al pobre hombre hundido media vara en el fango. Este accidente, sin embargo, no detuvo ni refrenó la carrera de los perseguidores del toro, antes al contrario, soltando carcajadas sarcásticas, se amoló al gringo: "levántate, gringo", exclamaron, y cruzaron el pantano, amasando con barro bajo las patas de sus caballos su miserable cuerpo. Saló el gringo, como pudo, después a la orilla, más con la apariencia de un demonio tostado por las llamas del infierno que de un hombre blanco pelirrojo. Más adelante, al grito de ¡al toro!, ¡al toro!, cuatro negras achuradoras que se retiraban con su presa se zambulleron en la zanja llena de agua, único refugio que les quedaba.

El animal, entre tanto, después de haber corrido unas 20 cuadras en distintas direcciones, azorando con su presencia a todo viviente, se metió por la tranquera de una quinta donde halló su perdición. Aunque cansado, manifestaba bríos y colérico ceño; pero rodéballo una zanja profunda y un tupido cerco de pitas, y no había escape. Juntáronse luego sus perseguidores, que se hallaban desbandados y resolvieron llevarlo en un señuelo de bueyes para que expiase su atentado en el lugar mismo donde lo había cometido.

Una hora después de su fuga el toro estaba otra vez en el Matadero, donde la poca chusma que había quedado no hablaba sino de sus fechorías. La aventura del gringo en el pantano excitaba principalmente la risa y el sarcasmo. Del niño degollado por el lazo no quedaba sino un charco de sangre; su cadáver estaba en el cementerio.

Enlazaron muy luego por las astas al animal, que brincaba haciendo hincapié y lanzando roncós bramidos. Echáronle uno, dos tres piales, pero infructuosos: al cuarto quedó prendido de una pata; su brío y su furia redoblaron; su lengua, estirándose convulsiva, arrojaba espuma, su nariz humo, sus ojos miradas encendidas. ¡Desjarreten ese animal!, exclamó una voz imperiosa. Marasiete se tiró al punto del caballo, cortóle el garrón de una cuchillada y gambeterando en torno de él con su enorme daga en mano, se la hundió al cabo hasta el puño en la garganta, mostrándola en seguida humeante y roja a los espectadores. Brotó un torrente de la -ada, exhaló algunos bramidos roncós, vació y cayó el soberbio animal entre los gritos de la chusma que proclamaba a Marasiete vencedor y le adjudicaba en premio el matambre. Marasiete extendió, como orgulloso,

por segunda vez el brazo y el cuchillo ensangrentado y se agachó a desollarlo con otros compañeros.

Faltaba que resolver la duda sobre los órganos genitales del muerto, clasificado provisoriamente de toro por su indomable fiera; pero estaban todos tan fatigados de la larga tarea, que la echaron por lo pronto en olvido. Mas, de repente, una voz ruda exclamó: Aquí están los huevos, sacando de la barriga del animal y mostrando a los espectadores dos enormes testículos, signo inequívoco de su dignidad de toro. La risa y la charla fue grande; todos los incidentes desagradables pudieron fácilmente explicarse. Un toro en el Matadero era cosa muy rara, y aun vedada. Aquél, según reglas de buena policía, debió arrojarse a los perros; pero había tanta escasez de carne y tantos hambrientos en la población, que el señor Juez tuvo a bien hacer ojo lerdó.

En dos por tres estuvo desollado, descuartizado y colgado en la carreta el maldito toro. Marasiete colocó el matambre bajo el pellón de su recado y se preparaba a partir. La matanza estaba concluida a las 12, y la poca chusma que la había presenciado hasta el fin, se retiraba en grupos de a pie y de a caballo, o tirando a la cincha algunas carretas cargadas de carne.

Mas de repente la ronca voz de un carnicero gritó: ¡Allí viene un unitario! y al oír tan significativa palabra toda aquella chusma se detuvo, como herida de una impresión subitánea.

—¿No le ven la pailla en forma de U? No trae divisa en el frac ni luto en el sombrero²¹.

—Perro unitario.

—Es un cajetilla²².

—Monta en silla²³ como los gringos.

—La mazorca con él.

—La tijera.

—Es preciso sobarlo.

—Trae pistoleras por pintar²⁴.

—Todos estos cajetillas unitarios son pintores como el diablo.

—¿A que no te le animas, Marasiete?

—A que no.

—A que sí.

Marasiete era hombre de pocas palabras y de mucha acción. Tratándose de violencia, de agilidad, de destreza en el hacha, el cuchillo o el caballo, no hablaba y obraba. Lo habían picado; prendió la espuela a su caballo y se lanzó a brida suelta al encuentro del unitario.

Era éste un joven como de 25 años, de gallarda y bien apuesta persona, que mientras salían en borbotón de aquellas desafortadas bocas las anteriores exclamaciones, trotaba hacia Barracas, muy ajeno de temer peligro alguno. Notando, empero, las significativas miradas de aquel grupo de dógos de matadero, echa maquinalemente la diestra sobre las pistoleras de su silla inglesa, cuando una pechada al sesgo del caballo de Marasiete, lo arrojó

de los lomos del suyo, tendiéndolo a la distancia, boca arriba y sin movimiento alguno.

—¡Viva Matasiete! —exclamó toda aquella chusma cayendo en tropel sobre la víctima, como los caranchos rapaces sobre la osamenta de un buey devorado por el tigre.

Aolongrado todavía, el joven fue, lanzando una mirada de fuego sobre aquellos hombres feroces, hacia su caballo que permanecía inmóvil, no muy distante, a buscar en sus pistolas el desagravio y la venganza. Matasiete, dando un salto, le salió al encuentro, y con fornido brazo, asíndolo de la corbata, lo tendió en el suelo, tirando al mismo tiempo la daga de la cintura y llevándola a su garganta.

Una tremenda carcajada y un nuevo viva estentóreo volvió a vitorcarlo.

—¡Qué nobleza de alma! ¡Qué bravura en los federales!, siempre en pandilla, cayendo como buitres sobre la víctima inerte.

—Degüéllalo, Matasiete, quiso sacar la pistola. Degüéllalo como al toro.

—Pícaro unitario. Es preciso tusarlo.

—Tiene buen pescuezo para el violín.

—Tocale el violín.

—Mejor es la resbalosa²⁵.

—Probemos, dijo Matasiete y empezó sonriendo a pasar el filo de su daga por la garganta del caído, mientras con la rodilla izquierda le comprimita el pecho y con la siniestra mano le sujetaba por los cabellos.

—No, no le degüellen —exclamó de lejos, la voz imponente del Juez del Maradero, que se acercaba a caballo.

—A la casilla con él, a la casilla. Preparen la mazorca y las tijeras.

¡Mueran los salvajes unitarios! ¡Viva el Restaurador de las Leyes!

—¡Viva Matasiete!

¡Mueran! ¡Vivan!, repitieron en coro los espectadores, y atándole codo con codo, entre moquetes y tirones, entre vociferaciones e injurias, arrastraron al infeliz joven al banco del tormento, como los sayones al Cristo.

La sala de la casilla tenía en su centro una grande y fornida mesa, de la cual no salían los vasos de bebida y los naipes sino para dar lugar a las ejecuciones y torturas de los sayones federales del Maradero. Notábase, además, en un rincón, otra mesa chica con recado de escribir y un cuaderno de apuntes y porción de sillas, entre las que resaltaba un sillón de brazos destinado para el Juez. Un hombre, soldado en apariencia, sentado en una de ellas, cantaba al son de la guitarra la resbalosa, tonada de inmensa popularidad entre los federales, cuando la chusma, llegando en tropel al corredor de la casilla, lanzó a empujones al joven unitario hacia el centro de la sala.

—A ti te toca la resbalosa —grito uno.

—Encomienda tu alma al diablo.

—Está furioso como toro montaraz.

—Ya le amansará el palo.

—Es preciso sobarlo.

—Por ahora, verga y tijera.

—Si no, la vela.

—Mejor será la mazorca.

—Silencio y sentarse —exclamó el Juez, dejándose caer sobre su sillón.

—Todos obedecieron, mientras el joven, de pie, encarando al Juez, exclamó con voz preñada de indignación:

—¡Infames sayones, ¿qué intentan hacer de mí?

—¡Calmal! —dijo sonriendo el Juez. —No hay que encolerizarse. Ya lo verás.

El joven, en efecto, estaba fuera de sí, de cólera. Todo su cuerpo parecía estar en convulsión. Su pálido y amoratado rostro, su voz, su labio trémulo, mostraban el movimiento convulsivo de su corazón, la agitación de sus nervios. Sus ojos de fuego, parecían salirse de las órbitas, su negro y lacio cabello se levantaba erizado. Su cuello desnudo y la pechera de su camisa dejaban entrever el latido violento de sus arterias y la respiración anhelante de sus pulmones.

—¿¡Tiembias? —le preguntó el Juez.

—De rabia, porque no puedo sofocarte entre mis brazos.

—¿Tendrías fuerza y valor para eso?

—Tengo de sobra voluntad y coraje para ti, infame.

—A ver, las tijeras de rurar mi caballo. Túsenlo a la federala²⁶.

Dos hombres lo asieron, uno de la ligadura del brazo, otro de la cabeza, y en un minuto cortáronle la patilla que poblaba toda su barba por bajo, con risa estrepitosa de sus espectadores.

—A ver —dijo el Juez—, un vaso de agua para que se refresque.

—Uno de hiel te haría yo beber, infame.

Un negro petizo púsosele al punto delante con un vaso de agua en la mano. Diole el joven un puntapié en el brazo y el vaso fue a estrellarse en el techo, salpicando el asombrado rostro de los espectadores.

—Este es incorregible.

—Ya lo domaremos.

—Silencio —dijo el Juez; —ya estás afeitado a la federala. Sólo te falta el bigote. Cuidado con olvidarlo. Ahora vamos a cuentas.

—¿Por qué no traes divisa?²⁷

—Porque no quiero.

—¿No sabes que lo manda el Restaurador?

—La librea es para vosotros, esclavos, no para los hombres libres.

—A los libres se les hace llevar a la fuerza.

—Sí, la fuerza y la violencia bestial. Esas son vuestras armas, infames.

El lobo, el tigre, la pantera, también son fuertes como vosotros. Deberíais andar como ellas, en cuatro patas.

—¿No temes que el tigre te despedace?

—Lo prefiero a que, maniatado, me arranguen, como el cuervo, una a una las entrañas.

—¿Por qué no llevas luto en el sombrero por la heroína?

—Porque lo llevo en el corazón por la Patria, ¡por la Patria que vosotros habéis asesinado, infames!

—¿No sabes que así lo dispuso el Restaurador?

—Lo dispusisteis vosotros, esclavos, para lisonjear el orgullo de vuestro señor y tributarle vasallaje infame.

—¡Insolente! Te han embravecido mucho. Te haré cortar la lengua si chistas. Abajo los calzones a ese menecaco cajetilla y a nalga pelada denle verga, bien arado sobre la mesa.

Apenas articuló esto el Juez, cuatro sayones picados de sangre, suspendieron al joven y lo tendieron largo a largo sobre la mesa, comprimiéndole todos sus miembros.

—Primero degollarme que desnudarme; ¡infame canalla!

Aráronle un pañuelo a la boca y empezaron a tironear sus vestidos.

Encogíase el joven, pateaba, hacía rechinar los dientes. Tomaban ora sus miembros la flexibilidad del junco, ora la dureza del hierro, y su espina dorsal era el eje de un movimiento parecido al de la serpiente. Gotas de sudor fluían por su rostro, grandes como perlas; echaban fuego sus pupilas, su boca espuma, y las venas de su cuello y frente negrecaban en relieve sobre su blanco cutis como si estuvieran repletas de sangre.

—Atento primero —exclamó el Juez.

—Está rugiendo de rabia —articuló un sayón.

En un momento liaron sus piernas en ángulo a los cuatro pies de la mesa, volcando su cuerpo boca abajo. Era preciso hacer igual operación con las manos, para lo cual soltaron las ataduras que las comprimían en la espalda. Sintiéndolas libres, el joven, por un movimiento brusco, en el cual pareció agotarse toda su fuerza y vitalidad, se incorporó primero sobre sus brazos, después sobre sus rodillas y se desplomó al momento, murmurando:

—Primero degollarme que desnudarme, ¡infame canalla!

Sus fuerzas se habían agotado. Inmediatamente quedó arado en cruz y empezaron la obra de desnudarlo. Entonces, un torrente de sangre brotó borbolloneando de la boca y las narices del joven, y extendiéndose, empezó a caer a chorros por entre ambos lados de la mesa. Los sayones quedaron inmóviles y los espectadores estupefactos.

—Reventó de rabia el salvaje unitario —dijo uno.

—Tenía un río de sangre en las venas —articuló otro.

¡Pobre diablo! Queríamos únicamente divertirnos con él y tomó la cosa demasiado a lo serio —exclamó el Juez, frunciendo el ceño de tigre.

—Es preciso dar parte, desátelo y vamos.

Verificaron la orden; echaron llave a la puerta y en un momento se escurrió la chusma en pos del caballo del Juez, cabizbajo y taciturno.

Los federales habían dado fin a una de sus innumerables proezas.

En aquel tiempo, los carniceros degolladores del Maradero eran los apóstoles que propagaban a verga y puñal la federación rosina, y no es difícil imaginarse qué federación saldría de sus cabezas y cuchillas. Llamaban ellos salvaje unitario, conforme a la jerga inventada por el Restaurador, patrón de la cofradía, a todo el que no era degollador, carnicero, ni salvaje, ni ladrón; a todo hombre decente y de corazón bien puesto, a todo patriota amigo de las luces y de la libertad; y por el suceso anterior puede verse a las claras que el foco de la federación estaba en el Maradero.

1. Angel Barristessa ha determinado que la narración debería situarse en 1839. En el texto se menciona el luto obligatorio por Encarnación Ezcurra de Rosas, que había muerto en octubre de 1838. Por otra parte, los periódicos de 1839, durante la Cuaremas, se refieren a condiciones mereológicas similares a las representadas por Echeverría. La importancia de fechar la acción de *El matadero* deriva de la virulencia antirrosista del relato. Echeverría y sus amigos políticos ya habían adoptado posiciones francamente opuestas a las de Rosas y por tanto se alineaban en resistencia abierta junto con los unitarios; se preparaba una insurrección en el sur de la provincia de Buenos Aires, que sería derrotada; los franceses habían comenzado un bloqueo del puerto de la ciudad (que culmina un entredicho diplomático con Rosas) y los exiliados en Montevideo confían en esta intervención extranjera como posibilidad de desalojar a Rosas del gobierno. Se han hecho irreversibles los enfrentamientos no sólo entre unitarios y federales, sino también entre los miembros de la generación del 37 y el Gobernador de la provincia de Buenos Aires.
2. El barrio del Alto era un arrabal de Buenos Aires situado en el sur de la Ciudad, en el límite de la zona entonces urbanizada.
3. El partido unitario, cuyos mayores representantes ya estaban exiliados, sostenía los principios del liberalismo y del laicismo. Eran europeizantes y modernizantes, mientras que Rosas se mostraba respetuoso de la religión y acostumbraba a incorporar sacerdotes y procesiones a sus puestas en escena públicas. En los documentos oficiales de la época se usa la fórmula de "salvajes" y "herejes" para designar a los unitarios.
4. Los partidarios de Rosas consideraban a su causa como santa y los documentos oficiales, al tiempo que llamaban herejes a los unitarios, utilizaban la fórmula "Santa Federación". Dios, se pensaba, condenaba la herejía de los liberales y miraba con buenos ojos la tarea ideológico-cultural de los federales.
5. Juan Manuel de Rosas recibía el tratamiento oficial de Restaurador de las Leyes, que acompañaba a su título de Gobernador de la provincia de Buenos Aires y encargado de las relaciones exteriores de la Confederación Argentina. Rosas gustaba presentarse como el garante del orden y la legalidad, porque se adjudicaba el mérito de haberlos restablecido y asegurado después de la anarquía política de la década del veinte y las propuestas disolventes de sus enemigos, los unitarios.
6. Es la costa del Río de la Plata, en una zona relativamente céntrica de la ciudad, que se había desarrollado a lo largo de la calle Defensa, muy próxima a la barranca mencionada en el texto.
7. Más adelante, Echeverría aclara la ubicación del Matadero de la Convalencia: "en las quintas al sur de la ciudad", es decir en las zonas descampadas con las que limitaba la zona sur de Buenos Aires, la más urbanizada hasta ese momento. Juan Carlos Ghiano recuerda la descripción de los mataderos porteños escrita por Emeric Essex Vidal, un marino inglés que dejó un registro riquísimo de Buenos Aires, entre 1816 y 1818, a través de una serie de dibujos. Aunque Vidal se refiere a un período anterior, las cosas no habían cambiado sustancialmente a fines de los años treinta: "Para un extranjero, nada es tan repugnante como la forma

- en que se provee de carne a estos mataderos. Aquí se matan los animales en un terreno al aire libre, ya esté seco o mojado; en verano cubierto de polvo, en invierno de barro. Cada matadero tiene varios corrales, que pertenecen a los diferentes carniceros. A ellos son conducidos desde la campaña los animales, después de lo cual se les permite salir uno a uno, enlazándolos cuando aparecen, atándolos y arrojándolos a tierra, donde se los degüella. De esta manera los carniceros matan todas las reses que precisan, dejándolas en tierra hasta completar la matanza, para empezar después a desollarlas. Una vez terminada esta operación, cortan la carne sobre los mismos cueros, lo único que la protege de la tierra o el barro; no en cuartos, como es costumbre entre nosotros, sino con un hacha, en secciones longitudinales que cruzan las costillas a ambos lados del espinazo, dividiendo así la res en tres pedazos largos, que son colgados en los carros, para transportarlos, expuestos a la suciedad y el polvo, a las carnicerías que se hallan en la Plaza. Los restos se dejan desparatados por el suelo, y como cada matadero es atravesado por una carretera, esto significaría una molestia intolerable, especialmente en verano, si no fuera por las bandadas de aves de rapiña, que lo devoran todo y dejan los huesos completamente limpios, en menos de una hora después de la partida de los carros" (E.E. Vidal, *Ilustraciones pintorescas de Buenos Aires y Montevideo*, Buenos Aires, Vian, 1943, p. 15).
8. El relato de Echeverría alude a dificultades de aprovisionamiento de carne para una ciudad, como lo era Buenos Aires entonces, de alrededor de 65.000 habitantes.
9. La población negra y mulata de Buenos Aires puede estimarse en alrededor de un 20% del total. Es población jurídicamente libre y, en consecuencia, salvo los artesanos y el servicio doméstico, formaba parte de una franja plebeya de los alrededores de la ciudad. Las negras que menciona Echeverría se disputan las vísceras (genéricamente, achuras) que no tenían destino comercial: especialmente las tripas, hígados y bofes.
10. La mención, irónica de la Revolución de Mayo de 1810, responde a la idea de que Rosas significaba un corte con la tradición liberal que se habría iniciado en esa fecha, a partir de la ruptura de las Provincias Unidas del Río de la Plata con España.
11. Los achuradores se encargaban, una vez faenado el animal, de separar las vísceras de la carcasa.
12. El corral de palo a pique se construía enterrando en el suelo estacas de madera de la altura de los animales, muy próximas unas a otras, de modo tal que se formara una especie de cerco, entre cuyas partes verticales (las estracas) no pasara el cuerpo de un vacuno o yeguarizo.
13. En 1832, Rosas, cuyo primer mandato como gobernador había concluido, no aceptó la reelección porque no venía acompañada de facultades extraordinarias y la suma del poder público. La Sala de Representantes, legislatura de la provincia de Buenos Aires, eligió en su lugar a Juan Ramón Balcarce. Rosas no dudaba de la fidelidad del nuevo gobernador y juzgó que la ocasión era oportuna para retirarse del escenario porteño y encabezar una expedición sobre territorio indio que iba a agrandar las extensiones de tierra disponible para la explotación ganadera. Sin embargo, los primeros meses del gobierno de Balcarce no fueron tranquilos y estuvieron signados por reclamos de autonomía federal por parte de las provincias; además de una creciente inquietud política en Buenos Aires, donde a los federales rosistas se oponían los federales doctrinarios, que reclamaban una realización institucional de los principios de autonomía federal. Encarnación Ezcurra, esposa de Rosas, multiplica su actividad al frente de los partidarios incondicionales de su marido,

- se pone al frente de la Sociedad Popular Restauradora y participa de la agitación política, movilizándolo a sectores populares. En octubre de 1833, las tropas acantonadas en Buenos Aires derrocan al gobernador Balcarce. La legislatura elige como sucesor a Viamonte que, en junio de 1834, renuncia y abre de este modo el camino a la segunda gobernación de Rosas. Encarnación Ezcurra había sido designada, en reconocimiento de su tarea al frente de la Sociedad Popular Restauradora, entre otros honores, "patrona de los mataderos".
14. El chiripá era una prenda de la vestimenta del gaucha. Sobre el calzoncillo, se colocaba un rectángulo de paño que pasaba entre las piernas para sujetarse en la cintura con un cinturón de cuero.
 15. Se trata del corte de la res al que van adheridos los riñones, envueltos en grasa. Es una parte altamente apreciada para el asado.
 16. El palador apresa el animal por medio de un lazo que, en lugar de ser dirigido a la cabeza, va a las patas.
 17. Vacuno que ha sido castrado.
 18. Matambre o matambre es un corte vacuno delgado, carnoso y cubierto de una fina capa de grasa. Se necesita destreza para separarlo del resto del animal sin romperlo o agujerarlo. Matasiete lo recibe como premio, dado que se trata de una pieza muy apreciada. Echeverría escribió un texto jocosco-costumbrista sobre este corte: "Apología del matambre".
 19. Caballo viejo, pesado y poco dúctil.
 20. El saladero era un establecimiento rudimentario para el procesamiento de la carne con vistas a su conservación. Después de desollado, la carne del animal se corraba en tiras largas de alrededor de cuatro centímetros; se las oreaba y luego se las sumergía, por un corto tiempo, en salmuera. De allí se las retiraba y escurría, para acondicionarlas en camadas entre las que se intercalaba capas de sal. Cuarenta o cincuenta días después, se obrenía, por este método, rasajo. Horacio Giberti (*Historia económica de la ganadería argentina*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1970), describe este proceso y los resultados, de muy baja calidad que se obtenían. El producto era exportado a Brasil y Cuba para la alimentación de los esclavos. Según Giberti, el primer saladero se estableció alrededor de 1810 y sus propietarios eran ingleses. Rosas también fue un próspero saladerista.
 21. El luero federal fue impuesto después de la muerte de la esposa de Rosas, Encarnación Ezcurra. La Sociedad Popular Restauradora, cuyos miembros no era difícil encontrar en lugares como los mataderos, se había comprometido en hacer respetar el uso de la cinta negra, que fue suspendido por el mismo Rosas dos años después, en octubre de 1840.
 22. Denominación popular por la que se califica a un joven de ciudad, elegante y vestido a la europea.
 23. El uso de la silla inglesa era signo de cultura urbana y refinada. La montura habitual (y, sin duda, más acorde con las faenas rurales) era el apero formado por mantas, bastos y pellones sujetos por una cincha.
 24. Presumir.
 25. La resbalosa o refalosa, en sus diversas versiones, era una canción, del ciclo de la gauchipolítica, de tono belicoso, donde se aludía al degüello.
 26. El corte federal prescindía de las patillas (que los unitarios usaban en U, alrededor de todo el perímetro del rostro). Era de rigor federal, también, el bigote.
 27. Se trata de la divisa punzó, de uso obligatorio como signo de lealtad a Rosas y al federalismo que enarbola el rojo como color.

IDEOLOGIA Y POLITICA